

» nes detras de un parapeto, porque si el enemigo llega á superarle, huirán los que están detras de él. Esto sucede porque los hombres pierden la cabeza siempre que ocurren cosas que no esperaban. Esta es regla general en la guerra y decide de todas las batallas. Á esto lo llamo yo el *corazon humano* y es lo que me hizo componer esta obra (1). Creo que nadie ha pensado en buscar en él la razon de la mayor parte de los éxitos desgraciados de las empresas. La cosa mas insignificante lo cambia todo en la guerra, y los débiles mortales no atienden mas que á la opinion. »

De aquí deduce todas sus proposiciones ó reflexiones. No carece de novedad aquel colorido de sentimiento aplicado á las cosas de la guerra ni aquella filantrópica filosofía propia de aquel siglo. Y siguió lo mismo hasta el fin de sus dias; despreciaba las astucias cortesanas de su tiempo, vivia en Paris separado de la sociedad frívola, tituló sueños (*rêveries*) á sus memorias, y decia al morir á su médico: *Senal, he echado un hermoso sueño.*

No aprobaba que se saliese á campaña en primavera; costumbre que tuvo origen en los tiempos del feudalismo cuando los ejércitos se componian en su mayor parte de peones, separados de las labores del campo, y que por tanto convenia dejar en casa durante la recoleccion. Cuando salian en primavera volvian á sus ocupaciones al cabo de cuarenta dias, que era ordinariamente el tiempo del servicio. Pero teniendo ejércitos permanentes y sosteniéndolos todo el año, conviene mas esperar que los frutos estén recogidos y guardados, porque así se aseguran los víveres para el ejército y se hace ménos perjuicio á los pueblos.

Él fué quien introdujo la costumbre sana, cómoda y limpia de cortar el cabello, diciendo al mismo tiempo que en el vestido no se debe seguir la moda ni la opinion del pintor, sino consultar á los medios y la experiencia de los militares. Para la caballería propuso en vez de la brida la cabezada, con la cual puede pacer el caballo á todas horas sin tener que quitarle la brida, y sin que sea necesario que los que van de avanzada tengan todo el dia el bocado puesto y se hallen hambrientos por temor de una sorpresa. Á esta innovacion se han opuesto hasta ahora razones que no son acaso bastante fuertes.

En todo es sistemático y no atiende á la razon ni á la experiencia, y sus proposiciones sobre la organizacion, el vestido y la formacion de la infantería fueron desechadas. Conoció la debilidad de la infantería para los ataques en el orden de batalla y la utilidad de la lanza en la caballería, y vió la falta que hacía un sistema de táctica; pero no le pudo encontrar. Las demas opiniones sobre el armamento, el vestido y la disposicion de las tropas se llevaron á cabo en las alteraciones que sufrieron despues,

(1) *Mes rêveries.*

pero ántes que los Franceses las adoptaron los Prusianos y en general los Alemanes, que entonces iban en aumento; así fué que al principiar la guerra de los Siete Años (1756) se halló que los Hannovereses tenían los cazadores de á pié y de á caballo, que sirvieron de modelo de las tropas ligeras que luego se multiplicaron tanto.

Observó que los regimientos señalados con un número ó con el nombre de una provincia tenían mas entusiasmo que los que llevaban el nombre del coronel, que se cambiaba á cada momento y que no consideraban como propio. En vez de aprender cada regimiento evoluciones diferentes, procuró que se adoptase generalmente el ejercicio prusiano, que se desechasen cierto número de movimientos y tiempos inútiles, y que se ejercitasen en filas unidas. Quiere que el oficial no sea mas que un soldado mas perfecto, y encuentra absurdo que se elija esta profesion por moda ó como prueba de nobleza, y propone que se den pocos ascensos, á fin de que cada uno sepa puramente lo que es de su obligacion, y que se obtengan por emulacion. Esto haria desaparecer uno de los mas graves inconvenientes, el de que haya oficiales sin vocacion que mandan á hombres mas valientes que ellos y ántes de ser aptos para ello, lo cual es un resto de las costumbres del feudalismo, pues el señor mandaba á sus vasallos, aunque fuese un niño ó un hombre inepto.

Rindió culto á las ideas filosóficas de su tiempo, cuando creyó que se podria obtener una raza de hombres hermosa y robusta, casi á la manera espartana, por medio de matrimonios temporales; sin notar, como tantos otros estadistas, que la poblacion aumenta, no multiplicando los nacimientos, sino los medios de subsistencia.

Decia que á los Franceses de entonces les faltaban dos circunstancias que parece implican contradiccion: la movilidad, á causa de sus numerosos batallones que no se podian mover sin romperse, y la inmovilidad, porque no podian resistir á pié firme á la caballería, ni sabian suspender el fuego ni conservarse en su puesto. Insiste con muchas razones en que los oficiales se coloquen en las filas para que animen ó contengan á los soldados, y para que estos no se vean excitados á disparar demasiado pronto, querria que se les hiciese llevar el fusil sobre el hombro derecho, como cazadores.

De jóven estaba entusiasmado con Onexandro; así, pues, el lector verá con gusto la descripcion que á su vez hace de un general en jefe en el dia de una batalla.

« El dia de la batalla el general no debe hacer nada; así verá mejor, conservará mas libre el juicio, y se hallará en mejor disposicion para aprovecharse de las situaciones del enemigo durante la accion; y cuando se le presente una oportunidad, deberá acudir con presteza adonde sea necesario, tomar las primeras tropas que encuentre, hacerlas avan-

zar á toda prisa, y exponer su propia persona. Esto decide de las batallas y asegura la victoria.

» No digo dónde ni cómo debe hacerlo, porque la variedad de lugares y de las posiciones que el combate produce, deben demostrarlo; todo consiste en notarlo y saberse aprovechar de ello. El príncipe Eugenio poseía en alto grado esta cualidad, que es la mas sublime de la profesion y que prueba un gran talento. »

Pero la práctica estaba muy distante de esta teoria. « Muchos generales en jefe, en un dia de batalla, solo se ocupan en hacer que las tropas marchen bien alineadas, en ver si conservan bien las distancias, en contestar á las preguntas de los ayudantes de campo, en enviarles á todas partes, en correr sin descanso, en una palabra, en querer hacer y no hacer nada. Yo los considero como hombres á quienes se les va la cabeza y no ven nada, ni saben hacer mas que lo que han hecho toda la vida, es decir, conducir las tropas ordenadamente. Esto proviene de que son muy pocos los que se fijan en los grandes fines de la guerra; los oficiales pasan la vida en instruir tropas y creen que en esto consiste el arte militar; cuando llegan á mandar un ejército, son siempre nuevos, y no sabiendo hacer lo que deben, hacen lo que saben. »

No fué así el mariscal de Sajonia. En la batalla de Fontenoy estaba agobiado por una de esas enfermedades que quitan el vigor, una hidropesía, y decia: *Seria curioso que viese una bala á hacerme la pintura.* Y sin embargo venció, y Federico II, hombre capaz de juzgarle, le escribia poco despues: « Disputándonse estos dias cuál de las batallas de este siglo hacía mas honor al general, unos dijeron que la de Almansa (1), otros que la de Turin (2), pero todos convinieron en que era aquella en que el general estaba moribundo cuando se dió (3). »

§ 61. FEDERICO II.

No bastaba que naciesen algunos grandes generales; era preciso que algunos de ellos creasen nuevos sistemas, mayor movilidad en las masas y mayor rapidez en las marchas, á lo cual contribuyeron las mejoras parciales obtenidas. Algunos ya lo habian conseguido, como Turena en las rápidas expediciones de sus pequeños y escogidos ejércitos; pero entonces se habian aumentado considerablemente, se habian hecho mucho mas extensos los frentes y multiplicado los oficiales, y por consiguiente se habia disminuido el afecto de los soldados al jefe superior y el conocimiento que este tenia de sus soldados. Esta revolucion se debe á Federico II (1712-86).

(1) En ella venció el duque de Berwick.

(2) Venció el príncipe Eugenio.

(3) Nisas.

Encontró este un ejército que su padre habia hecho perfecto en todas las particularidades; solo sus soldados sabian cargar con prontitud el fusil, dirigir bien los tiros, y disparar seis veces por minuto; solo ellos tenían baquetas de hierro, sabian marchar en fila y unir el silencio, la celeridad y el orden. Verdad es que no estaban aguerridos, porque nunca habian combatido mas que como auxiliares; su caballería solo se distinguia por componerse de hombres y caballos escogidos; por lo demas no sabía avanzar para hacer fuego sino á trote corto, y atacaba á manera de los forrajeadores. Federico Guillermo habia dado una ridícula importancia al vestido; los soldados gastaban el tiempo en pulir, barnizar y blanquear; se lustraban los cascos de los caballos y se les trenzaban las crines con cintas; con poco mas, dice Federico mismo, se hubiera llegado á ponerles lunares y darles afeites.

Al principio bastaron estas ventajas para asegurar á Federico las victorias; pero las derrotas enseñaban á sus enemigos, y tuvo que echar mano de nuevos recursos. Se dedicó á estudiar á sus predecesores, se hizo discípulo de los oficiales, y en poco tiempo tuvo en pié de guerra un ejército subdividido en las proporciones mas á propósito para poder colocarse en batalla cuando se creía conveniente, y cuyas partes podian separarse ó reunirse segun se queria, sin que se resintiese el orden ni los resultados, llevando especialmente á la mayor perfeccion el uso de las armas de fuego.

En lugar de obstinarse en corregir lo que pudiera haber de vicioso en el sistema de su padre, se dedicó á añadir lo que faltaba, y si se exceptúa el batallon de los gigantes que reformó inmediatamente, siguió la máxima de no hacer variaciones esenciales allí donde la reforma no compensaba el efecto de las máquinas. Conservó todos los regimientos de su padre con el mismo sueldo y costumbres, y principalmente aquella mezcla de nacionales y extranjeros que era su base, y la division del país en distritos con arreglo á los regimientos, para tenerlos completos á falta de reclutas extranjeros, lo cual unia la nacion á las tropas, y cortaba la desercion, « haciendo inmortal al ejército, » como dice el mismo Federico (1).

Quando Federico decia: « Si yo fuese rey de Francia, no se dispararía un cañon en Europa sin mi licencia, » su pensamiento principal debia referirse á la manera de reclutar el ejército. Ménos de seis millones de habitantes le daban ciento treinta mil soldados; en Francia, con el mismo sistema, los treinta millones hubieran dado seiscientos mil soldados, á los cuales, siendo todos nacionales, les hubiera impuesto otras leyes, un orden diferente, y medios de ataque mas vivos, mas rápidos y mas directos.

El ataque es natural á la Prusia, como al

(1) GUIDERT, su perpétuo admirador.

Austria la defensa. Esta tiene tropas que saben retirarse sin desórden, y que por consiguiente fatigan al enemigo, conservando sus verdaderas ventajas; no tiene fronteras propiamente dichas, por hallarse compuesta de varios Estados con muchas capitales, de modo que presenta la resistencia de los cuerpos blandos que es la ménos peligrosa y la mas durable. La Prusia, por el contrario, está siempre amenazada de ser dividida y tiene necesidad de atacar para defenderse.

Por tanto Federico dispuso su ejército para el ataque, conociendo que la defensa revelaría timidez, y no convenia á sus amenazadas fronteras, á sus pocas fortalezas y á la falta de dinero é ingenieros para construir las. Aumentó su ejército hasta ochenta mil hombres, además de algunos regimientos de guarnicion; él le proveía de todo, le disponia y animaba para la guerra, se atraía los mejores oficiales de otros Estados, y redoblabá la artillería y las provisiones de los arsenales.

Su ejército, que en la guerra de los Siete Años (1756-1763) llegó hasta doscientos mil hombres, estaba compuesto de cincuenta y cinco regimientos de infantería de línea, doce de guarnicion de la misma arma, cuatro de infantería ligera; algunos batallones francos, compuestos en su mayor parte de desertores ó prisioneros; trece regimientos de coraceros, entre ellos uno de guardias de corps, doce de dragones, diez de húsares, cuatro de artillería y un cuerpo de ingenieros. En la infantería casi todos los regimientos constaban de dos batallones compuestos de seis compañías, una de granaderos con tres ó cuatro oficiales por compañía. En 1770 se componía un regimiento del modo siguiente:

Grande estado mayor.

General ó coronel en jefe.	1
Coronel segundo.	1
Teniente coronel.	1
Mayores.	2

Pequeño estado mayor.

Ayudantes mayores.	2
Cuartel maestre.	1
Capellan.	1
Cirujano mayor.	1
Cirujanos ayudantes.	1
Tambor mayor.	1
Maestro de tambores.	1
Oboes.	6
Pifanos.	6
Armero.	1
Encargado de componer los fusiles.	1
Preboste.	1

Oficiales de los dos batallones.

Capitanes de granaderos.	2
Capitanes de fusileros.	10
Oficiales subalternos de granaderos.	5
Id. de las compañías de fusileros.	30

Sarjentos, cabos y tambores.

9 sarjentos y cabos de granaderos por compañía.	48
40 por compañía de fusileros.	100
3 tambores por compañía.	36

Granaderos y fusileros.

126 granaderos por compañía, incluidos los zapadores.	252
40 Supernumerarios por compañía de granaderos.	20
114 fusileros por compañía.	1,140
8 supernumerarios por compañía de fusileros.	80
Total.	1,724

Á pesar de los defectos de esta organizacion, se halla bien proporcionada la fuerza del batallon y el número de las compañías con las condiciones de órden, economía, solidez y movilidad que aconsejan la experiencia y el racionio. En Francia, por el contrario, se multiplicaban las compañías con detrimento de su fuerza para poder disponer de mayor número de plazas de capitan; los Austríacos daban en el extremo opuesto, formando sus compañías por lo ménos de doscientos hombres, y cada batallon de cuatro compañías; por consiguiente, cada doscientos hombres tenían á lo mas cuatro oficiales, y muchas veces no llegaban á seis los subalternos; es decir, un jefe por cada veinte subordinados. Con tan escaso número de oficiales no se podía manejar sino un ejército tan dócil como el austríaco, formado de aldeanos y vasallos, que sufrían las fatigas sin murmurar, y que como poco acostumbrados á discurrir sobre las cosas, eran incapaces de entusiasmo, pero buenos para obedecer. Digo manejar, porque acometer empresas arriesgadas y rápidas era imposible teniendo tan poca audacia y movilidad. En el ejército prusiano eran precisos muchos jefes para impedir la desercion; los supernumerarios suplían á los que faltaban ó se reunían en dos banderas.

Era máxima de Federico: *Pocos oficiales generales y muchos soldados*, aunque de este modo tuviese que recompensar muchos servicios. Constantemente sacó de los regimientos las compañías de granaderos para formar batallones escogidos, ya porque no se atreviese á atacar un vicio tan inveterado, ya quisiese tener á la mano un cuerpo escogido, del cual esperaba mas que de aquella mescolanza de desertores y prisioneros de todas las religiones y lenguas, que se conservaban reunidos por la vigilancia del jefe. Cuando Federico murió y sus sucesores tuvieron que combatir á Napoleon, Jena demostró que una derrota basta para destruir un ejército, de modo que Federico Guillermo III trató de formarle enteramente de nuevo con soldados del país.

Separada la compañía de granaderos del batallon, este se dividía en dos alas, cada ala en dos divisiones, y estas en dos manipulos.

Entre otros inconvenientes existía el de que los soldados no estaban siempre á las órdenes de los mismos jefes. Los oficiales se colocaban en batalla por órden de edad, y los sarjentos y cabos por estatura.

Cada soldado llevaba una piel para envolver el arma y preservarla de la humedad, lo cual es nueva prueba de la predileccion de Federico por las armas de fuego. Pero á pesar de ella y de su aficion al órden de batalla, no abandonó el uso de la bayoneta ni el ataque á paso de carga, pero siempre en órden desplegado; porque el ataque en columna no se hallaba en la ordenanza prusiana.

Al principiarse la campaña se daban á cada compañía diez palas ó cinco zapas, y además una hacha por tienda ó sea veinticuatro por compañía. Esto está en oposicion con la opinion admitida de que Federico tenía aversion á las trincheras, aunque en realidad podía obrar sin ellas por la movilidad de su ejército. Aquella reputacion de movilidad procedía ménos de la escasez de trenes que del gran órden que habia en la administracion y conduccion de los equipajes. Además el rey tenía en campaña nueve criados para el servicio de cada compañía, dos para el capitan y tres para los demas oficiales; tres carros y muchos caballos de carga para el transporte de los víveres y de los bagajes. Se necesitaban tambien para la caballería y el estado mayor, de modo que para treinta mil combatientes, eran precisos no ménos de mil ochocientos carros. Lo cual da idea de cómo irían las cosas en los otros ejércitos. Se sabe que Napoleon redujo á quinientos lo mas los carros de un ejército de cuarenta mil hombres, la mitad organizados y la otra mitad buscados, asegurando que serían suficientes para llevar los víveres de un mes.

En el decenio siguiente á la paz de Dresde (1745), Federico se dedicó á hacer pruebas y mejoras, y entónces introdujo la formacion y evoluciones de las columnas cerradas, recuerdo de la falange macedónica. Y fué un gran progreso ó mas bien una revolucion en la táctica, segun se ve en las últimas guerras, si bien hizo poco uso de ella en sus batallas.

La caballería debe mucho á aquel rey: abolió el uso de cargar al trote y con tiros de pistola y mosqueton, mandando acometer al galope y con la espada, lo cual produjo resultados admirables, y demostró que la fuerza de la caballería consiste en el choque, no en las armas de fuego. Sin embargo, la educacion de la caballería estaba reducida á galopar en columna cerrada y en línea, y perfeccionarse en la esgrima, y al principio de la guerra de los Siete Años una línea de muchos escuadrones recorrió un grande espacio á toda carrera sin descomponer su órden primitivo. Al fin, despues de aquella, el famoso Seydlitz perfeccionó la caballería prusiana dándole valor, rapidez en los movimientos, é ímpetu en la carga. Como se componía solo de Prusianos, ofrecía mas con-

fianza que la infantería; en los coraceros y dragones entraban casi únicamente hijos de labradores ricos que respondían del hombre y del caballo en caso de desercion.

Al quitar las armas de fuego á la caballería y darle mayor masa, comprendió que estaba mas expuesta á los golpes de la infantería y de la caballería, por lo cual trató de compensar estas desventajas estableciendo una artillería á caballo para que siguiese los movimientos de aquella y contuviese á las baterías contrarias al paso que apoyaba el ataque. De este modo halló un nuevo medio de ataque y de defensa. Á esto asoció el uso de los obuses, que se habían empleado rara vez en campaña ántes de la guerra de los Siete Años, con cuyo refuerzo no hay obstáculo que pueda subsistir.

Y sin embargo lo mismo los oficiales de artillería que los de ingenieros eran poco considerados, acaso porque no eran nobles, y por lo mismo se vió el rey muchas veces embarazado en los sitios. Sin embargo, usó mucho el cañon para competir con los Austríacos, que siempre tuvieron gran número, y mas aun para reparar las pérdidas de sus valientes que habían sido muertos en la guerra. Destruyó la preocupacion de dar tanta importancia á la conservacion de un cañon como á la de una bandera, lo cual retardaba las evoluciones. Solamente al fin de su reinado, cuando apenas habia en el ejército mas que soldados prusianos, empleó la artillería con un exceso reprehensible y que disminuía aquella rapidez que tanto se había admirado en su ejército; pero lo hizo para tener nuevas combinaciones que oponer á los enemigos que imitaban todas sus operaciones.

Véase el siguiente extracto de su instruccion para la artillería sobre el modo de dirigir las piezas en las diferentes ocasiones:

« Para los preparativos de una batalla cuando se tiene enfrente al enemigo, trascurren tres ó cuatro horas, segun la naturaleza del terreno, la posicion de los adversarios y los obstáculos que hay que vencer ántes de atacarle. La artillería comete un grave error cuando, apenas ve al enemigo ó cuando cree alcanzarle, principia á hacerle fuego. Ni al que ataca ni al que defiende pueden causarle temor aquellos tiros, porque casi nunca producen efecto. El que se defiende consume inútilmente las municiones, y el que ataca no solamente sufre daño, sino que retarda la rapidez de sus evoluciones y da al enemigo tiempo y ocasion de presentar nuevos obstáculos y de hacer inútiles las disposiciones del ataque.

» El cañoneo es disculpable ántes del ataque general, solo cuando el general en jefe quiere llamar la atencion del enemigo sobre un punto, para ocultarle los movimientos que ejecuta sobre otro.

» Á los seiscientos ó setecientos pasos del enemigo debe principiar á tirar la artillería, y á medida que la distancia disminuye, deben sucederse los golpes con mayor celeridad y sin in-